

Dios», dice el joven; «¿En qué, Calisto?», le interroga, curiosa y coqueta, la muchacha), para luego, puesta en evidencia la pasión amorosa del joven, reaccionar con destemplanza e iracundia, lo que contradice el elegante desdén que cabría esperar de una dama cortés. Pero es a raíz del encuentro con Celestina en el acto IV cuando se percibe en toda su claridad la ruptura con el papel asignado por el código cortés.

Calixto, mancebo gentil, rico y noble, penetra, buscando un azor, en los jardines de la egregia y hermosa Melibea; prendado de ella, la requiere de amores, y ofendida la dama en su recato y en su orgullo, áspera y crudamente le despide. Melibea y Calixto son ambos de igual condición elevada, así por el nacimiento como por los bienes de fortuna. Entre las familias de ambos no se sabe que haya enemistad, como la hubo, pongamos por caso, entre las familias de Julieta y Romeo. Ni diferencia de clase, ni de religión, ni de patria los divide. ¿Por qué, pues, no buscó Calixto a una persona honrada que intercediese por él y venciese el desvío de Melibea, y por qué no la pidió luego a sus padres y se casó con ella en paz y en gracia de Dios? Buscar Calixto para tercera de sus amores a una empecatada bruja zurcidora de voluntades y maestra de mujeres de mal vivir, tiene algo de monstruoso que ni en el siglo XV ni en ningún siglo se comprende, no siendo Calixto vicioso y perverso y sintiéndose muy tierna y poéticamente enamorado.

Resulta grotesca, en este sentido, la torpeza con que Calisto, sin respetar el ritmo progresivo en el juego amoroso, con su precipitación, provoca el desencanto de Melibea, añadiendo a la tosquedad de rasgar la vestidura de la muchacha, una expresión metafórica de jocosa rusticidad: «Señora, el que quiere tomar el ave, quita primero las plumas».

Calisto es un joven a quien solamente le preocupa satisfacer sus deseos, atropellando a quien sea para conseguirlo. Su cinismo le hace despreciar la sinceridad de su criado Pármeneo cuando este le advierte de los peligros que corre. En Calisto no se observan verdaderas crisis, es una persona realmente egoísta. Es el personaje más cargado de literatura, más voluntariamente artificioso. Encarna el 'loco amor', del que es víctima: figura trágica y anti- heroica. Tras la escena primera (rechazo de Melibea a Calisto) se da el amor ilícito, no se insinúa el matrimonio y se recurre a la alcahueta. Esto, según autores, sería porque él es cristiano viejo y ella no. No obstante, Lida de Malkiel señala que el casamiento entre cristianos nuevos y viejos siempre fue lícito. No es posible saber la intención del autor o si esta 'ilicitud' se debe a estos motivos, lo que sí es indudable es que los cristianos nuevos no estaban muy bien vistos en esa época y en posteriores. Otra teoría sería la de Otis H. Green, que piensa que la negativa inicial responde al ideal del amor cortés, si bien Calisto no respetará las reglas, lo que provocará una suerte de 'castigo poético'. En todo caso, cabe recordar que el amor ilícito o escondido se encuentra muy arraigado en la lírica popular peninsular.

Sigamos a Miguel Garcí Gómez, autor de innumerables artículos sobre Calixto: "Desde su primer encuentro a solas con Melibea, ya Calisto revela su lujuriosa apetencia de Melibea: a

pesar de la retórica de que se adornan sus palabras ("En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios"), la muchacha se da cuenta enseguida de qué tipo de "galardón" es el que espera Calisto y por eso lo rechaza indignada, porque el mancebo, "torpe", se ha atrevido a proponerle el "ilícito amor", algo que no puede admitir "la virtud de tal mujer como yo". Toda la primera escena de La Celestina pivota sobre la contradicción deseo/honestidad, o sexo/decoro, no sólo explícita en las palabras de ambos jóvenes, sino realzada por la simbología que se pone en juego: la de la huerta, que no es sólo un lugar escondido, propicio al encuentro amoroso -allí vivirá Melibea su primer coito-, sino un símbolo de la Naturaleza, un recuerdo además del Paraíso terrenal en el que el hombre cometió su pecado original -aquí, naturalmente, con los papeles cambiados-; la del halcón, ave de presa, símbolo de la caza de amor. Calisto, por descontado, usa del único código amoroso que le era conocido, el de las convenciones del amor cortés, ya que estaba tratando con una dama y no con una ramera; pero de sus palabras -quizás también de su actitud, de su gestualidad- no cabe inferir otro sentido que no sea el de que éstas declaren un "loco atrevimiento"; no es posible dudar -al menos, no le cabe duda a Melibea- de cuál sea "el intento de tus palabras". Por eso fue Calisto rigurosamente despedido".

La conducta de Calisto, a lo largo de la acción, y hasta su despeñamiento y muerte, es absolutamente coherente con este planteamiento inicial. Por eso, porque lo que busca es gozar del cuerpo de Melibea, recurre a la vieja alcahueta, y por eso no se le ocurre enviar a un familiar a pedir su mano. "Pero no de Melibea", objeta Calisto. Calisto es cazador, y sabe que podría obtener muchas piezas de aquellas que todo el mundo caza. Pero él aspira a la caza mayor, al trofeo singular: no cualquier mujerzuela fácil, no una hembra cualquiera, sino Melibea. Ésta es la que ve difícil, y precisamente por las altas cualidades que la adornan y constituyen.

Acerca de lo que Calisto busca en Melibea -y para lo que la busca- no pueden haber muchas dudas. Acerca de la naturaleza de su amor por Melibea, tampoco. Ni los criados de Calisto ni la vieja Celestina se engañan acerca de la naturaleza de la pasión que atormenta al joven. Con crudo lenguaje, lleno de sarcasmo, habla el mismísimo Pármeneo al oír relinchar al caballo: "¿Rehincháys, don cavallo? ¿No basta un celoso en casa? ¿O barruntas a Melibea?" Pármeneo "animaliza" a Calisto,

